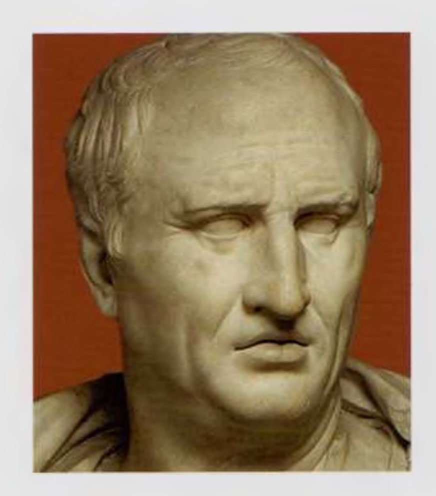


Cicerón

Estudio introductorio
David Morán

Del supremo bien y del supremo mal
Disputaciones tusculanas



GREDOS

CICERÓN

DEL SUPREMO BIEN Y DEL SUPREMO MAL
DISPUTACIONES TUSCULANAS

ESTUDIO INTRODUCTORIO
por
DAVID MORÁN



EDITORIAL GREDOS

MADRID

MARCO TULIO CICERÓN, EL CONSERVADOR REVOLUCIONARIO

Él pedía a menudo a sus amigos que no lo llamaran orador, sino filósofo, pues decía que había escogido la filosofía como ocupación, mientras que de la oratoria se servía como un instrumento para las necesidades de su actividad política.

PLUTARCO, *VIDA DE CICERÓN*

Si no hubiera existido Marco Tulio Cicerón, el Imperio romano hubiera sido diferente. Se trata de una de esas figuras excepcionales que aparecen muy de tarde en tarde y que marcan una época, sobresaliendo en todos y cada uno de los campos en los que intervino. Bien es cierto que, como figura estrictamente histórica, su importancia ha sido relevante pero no determinante para el devenir de los acontecimientos, como sí lo fueron otros contemporáneos suyos. A pesar de esta aseveración, no hay que olvidar que fue uno de los actores principales de la transición de la República al Imperio, y que él mismo personifica casi mejor que nadie el desgarro ante la pérdida del poder de los órganos republicanos en detrimento de la monarquía autoritaria, que, al fin y al cabo, era el paso de gigante que Roma debía dar hacia la madurez definitiva del Imperio.

A pesar de que siempre defendió las estructuras de gobierno tradicionales y su ideología política tenía rasgos conservadores, Cicerón fue un partidario de la evolución y el progreso. Y filosófica y culturalmente eso es lo que, con sus esfuerzos tanto vitales como intelectuales, le ofreció a Roma. Su figura es capital para entender la renovación del pensamiento romano, la revolución moral que suponía no obtener la gloria exclusivamente en el terreno militar. En una época en la que las

fronteras de Roma no hacían más que ampliarse gracias a las constantes conquistas, Cicerón supo alcanzar unos logros que trascendían el campo de batalla para volar hasta el foro romano, donde se exhibía un poder de otro tipo: intelectual y moral. No construyó un sistema filosófico nuevo, pero sí adaptó diferentes aspectos de otros grandes pensadores griegos para ofrecer la filosofía coherente y bien cohesionada que necesitaban los romanos. Un pensamiento escorado hacia una mentalidad belicista probablemente hubiera procurado a la larga una mayor inestabilidad al Imperio.

Pero sobre todo, si algo les regaló Cicerón a sus compatriotas fue una manera de expresarse completamente nueva. Les dio dos cosas valiosísimas: una nueva voz y las instrucciones adecuadas para utilizar las herramientas con que se construye un discurso.

En primer lugar, Cicerón fue una fuente constante de neologismos para sus compatriotas. Los latinos tenían limitaciones expresivas en su lengua, que iban subsanando recurriendo a términos griegos. Cicerón emprendió una renovación lingüística con un ímpetu que hasta entonces no había visto Roma. Plutarco, autor que admiraba a Cicerón, nos cuenta que:

> Se dice que fue el primero que para los romanos dio nombre a la imaginación, la suspensión del juicio, el asentimiento, la comprensión, y también al átomo, lo indivisible, el vacío, y a otras muchas nociones de este tenor, o el que se las ingenió más que ningún otro para hacérselas comprensibles y familiares, unas veces mediante metáforas y otras mediante términos propios.[1]

Naturalmente, su valiosa aportación a la lengua latina no se limitó a una mera cuestión morfológica, sino que afectó a todos los niveles del discurso. Combinó a la perfección los recursos sintácticos existentes para ofrecer un perfecto equilibrio entre las dos opciones que entonces se ofrecían: la prolijidad excesiva y la sequedad aticista. Revisó profundamente la concepción del discurso público, convirtiendo al orador en el gran protagonista e integró mejor que nadie sus argumentaciones dentro del hilo discursivo, imprimiéndoles tal fuerza que, en este sentido, puede decirse que no ha sido superado por nadie, ni desde una perspectiva técnica ni literariamente. Teniendo en cuenta esto y la renovación de la lengua latina que emprendió, no es de

[1] *Cicerón*, 40, 2. En Plutarco, *Vidas paralelas* VIII, 2010.

extrañar que lo que entendemos por latín clásico sea por antonomasia el de Cicerón.

Cicerón se ganó también un puesto destacadísimo en la historia de la literatura. Hablar de él es hablar de la prosa clásica en su máximo esplendor. No es difícil sentirse conmovido hoy ante la épica de la *Eneida*, o fascinado por los relatos históricos de Tácito o Suetonio. Lo sorprendente de Cicerón es que, aunque hoy los asuntos y las causas judiciales que abordó puedan parecernos lejanos y las disertaciones teóricas muy alejadas de nuestra realidad actual, como lectores es inevitable dejarse arrastrar por su perfección expresiva, por la nitidez de su estilo y por la presentación rotunda de sus argumentos, insertados en una narración que atrapa a la audiencia, sea el siglo que sea.

VIDA

Nacimiento y formación

Arpino era una pequeña localidad en el país de los volscos, a 180 millas (un centenar de kilómetros) del sudeste de Roma. Cuando nació Cicerón, ya hacía más de ochenta años que la población se había adherido al poder de Roma y que sus habitantes disfrutaban del derecho de ciudadanía, algo muy importante para acceder a las instituciones públicas. En esa población, nació Marco Tulio Cicerón el 3 de enero del año 106 a.C. Era el primero de dos hermanos (Quinto nacería en el 102 a.C.). Su familia pertenecía al orden ecuestre, una clase privilegiada que no sólo le aseguraría a Marco Tulio la mejor educación, sino también la posibilidad de acceder a numerosos cargos públicos en la misma Roma. Si a ello se le une que su padre, Marco Cicerón, regentaba algún negocio próspero (probablemente un negocio de lavado de ropa) y que poseía una casa en propiedad en Roma, en el Esquilino, no era difícil imaginar que sus dos hijos tenían posibilidades de desarrollar su *cursus honorum* en la capital.

De su padre, además de ser del orden ecuestre, sabemos que tenía un apellido de cierto abolengo en Arpino. Además, mantenía estrechas relaciones con algunos prohombres de Roma, de lo cual pudieron aprovecharse tanto Marco, como Quinto, su hermano, cuatro años menor que él. Poco se sabe de su madre, Helvia, excepto que procedía de buena familia y era muy buena administradora doméstica.

Marco Tulio fue un niño precoz, que desde siempre quiso adquirir toda la cultura que le fuera posible. Según Plutarco, fueron legendarias las demostraciones de su talento ya en las clases del gramático de la ciudad. No obstante, se trataba de un niño de salud quebradiza, lo cual siempre le obligó a estar atento a sus problemas y a no abusar del ejercicio físico. Eso poco a poco le llevaría a desarrollar más sus aptitudes intelectuales por encima de las atléticas y, a la larga, a pisar con mayor seguridad el foro que el campo de batalla.

Siendo aún muy joven, Marco se trasladó con su hermano Quinto a Roma para acabar su formación. Allí recibió las enseñanzas de Lucio Licinio Craso, un antiguo cónsul y gran orador, y frecuentó la casa de Quinto Mucio Escévola, el Augur, otro excónsul y jurista, cuya casa frecuentaban hombres prominentes de la época. Estos primeros contactos con grandes prohombres dejaron huella en el pequeño Marco, cuyas experiencias evocaría más adelante en alguna de sus cartas personales y en obras como *Sobre el orador (De oratore).*

En el 91 a.C., habiendo ya vestido la toga viril a los dieciséis años, Cicerón fue testigo de cómo en Roma se pasaba de una situación de relativa tranquilidad al estallido de la Guerra Social, que durante tres años enfrentaría a Roma con un grupo de tribus de las montañas itálicas que querían desvincularse de la República. En el año 90 a.C., el joven Marco se enroló en el ejército y participó en la contienda. Primero fue destinado al Piceno, donde estuvo bajo las órdenes del entonces cónsul Cneo Pompeyo Estrabón, en la *cohors praetoria* de su ejército, que venía a ser el estado mayor del padre de Gneo Pompeyo Magno. Al año siguiente, muy probablemente Cicerón militó en el ejército de Sila, que se movía por la Campania. La experiencia se saldó con una conclusión clara: Cicerón no era un espíritu guerrero. Así que debía centrarse en su formación intelectual si quería ascender en Roma.

Durante los siguientes años, Cicerón recibió enseñanzas retóricas y filosóficas de los grandes maestros griegos que era habitual encontrar en Roma, no sólo porque la cultura griega era bien recibida allí, sino también porque por entonces se libraron en territorio heleno las guerras mitridáticas y muchos de los sabios helenos emigraron para evitarlas. En algún momento del final de la década del 80 a.C., Cicerón comenzó a intervenir en sus primeros casos como jurista, pero no existen datos concretos sobre la actividad jurídica de sus inicios. Del primer caso del que se tiene noticia clara es de la defensa de un tal Publio Quincio (desconocido para nosotros más

allá de este juicio) en un juicio celebrado en el 81 a.C., por la liquidación de una herencia. En esta causa judicial, Cicerón ya se muestra como un jurista consumado. Es natural pensar que hubo otros casos anteriores a éste en los que intervino Cicerón. Con toda probabilidad, empezó ocupándose de causas privadas de poca enjundia, en las cuales sustituía a magistrados que a última hora no podían asistir al juicio.

A finales del año siguiente, el 80 a.C., Cicerón participó por primera vez en una causa pública, lo cual significaba que subyacían ciertas implicaciones políticas. Se trataba de un caso de parricidio en el que un hombre llamado Sexto Roscio había sido acusado de parricidio por un liberto de Sila, quien en ese momento ejercía su poder de dictador en Roma. La habilidad demostrada por un joven como Cicerón en una causa tan delicada, que además ganó con relativa facilidad, causó gran sensación.

Poco después de cosechar este primer éxito jurídico de enjundia, Cicerón tomó una decisión sorprendente aunque no exenta de cierta lógica. En vez de seguir fomentando su fama como jurista o iniciar la lógica carrera política que se presuponía para un hombre de sus aptitudes, en el 79 a.C. se embarcó para iniciar un periplo de muchos meses que incluiría Atenas y Asia Menor. Se ignoran los motivos que le empujaron a tomar esta decisión. Aunque fue sin duda un viaje de aprendizaje, en el que Cicerón tenía en mente únicamente mejorar su estilo retórico y aprender de las escuelas de elocuencia griegas, pudo haber otros motivos para su marcha. Quizá le empujó su salud a tomar tal decisión. A veces se agotaba a la hora de pronunciar un discurso largo y deseaba aprender la manera de subsanar esas deficiencias. Puede que incluso la razón de su marcha fuera que corría cierto peligro dentro del contexto político al final de una dictadura como la de Sila, a causa de alguna de sus cada vez más vistosas intervenciones públicas.

En cualquier caso, emprendió el viaje con su hermano Quinto y Marco Pupio Pisón. Durante gran parte de su estancia de dos años en territorio heleno permaneció en Atenas, visitando lugares mitificados desde la perspectiva latina y aprendiendo de los maestros que aún vivían allí, sobre todo en el entorno de la Academia Nueva, donde se convirtió en discípulo del filósofo ecléctico Antíoco de Ascalón. No se limitó a permanecer en la capital ática. Además de visitar otros lugares de la península, como Eleusis o Esparta, también se desplazó hasta Asia Menor, para visitar ciudades como Esmirna, Mileto o la isla de Rodas, don-

de se reencontró con el retórico Apolonio Molón, a quien ya había conocido en Roma.

Años de gloria

Aunque no existe la seguridad de ello, todo parece indicar que poco después de volver de Grecia (a lo sumo un año después), Cicerón se casó con Terencia. Cabe la posibilidad de que contrajera matrimonio antes de iniciar su larga estancia de aprendizaje retórico y filosófico, pero es poco probable, puesto que su mujer no le acompañó y las fechas que se barajan en relación con su hija (nacimiento, rituales y compromisos sociales) se ajustan perfectamente a una boda celebrada a finales del 77 o en el 76 a.C.[2] Este matrimonio fue de capital importancia para el ascenso social de Cicerón. Su mujer, Terencia, pertenecía a la nobleza y aportó una dote cuantiosa («ciento veinte mil denarios y una herencia de noventa mil» asegura Plutarco, aunque el biógrafo griego no es muy de fiar a veces con estos datos), además de diversas propiedades, entre las que se contaban unos terrenos a las afueras de Túsculo. No se trataba de un matrimonio desigual: para Terencia, Cicerón también era un buen partido dada su proyección política y su fama como jurista.

El arpinate siguió ejerciendo como abogado en algunos casos hasta que cumplió los treinta años, edad mínima para iniciar el *cursus honorum*, la carrera política romana. Recibió el cargo de cuestor en Sicilia, hacia donde se desplazó en el 75 a.C. y permaneció en la ciudad de Lilibea un año, demostrando tener un firme sentido de la justicia y bastante sentido común para la administración de los recursos naturales disponibles. Le tocó pasar un año de escasez de trigo y supo gestionar los problemas que ello suponía, suministrando las cantidades necesarias a Roma, sin esquilmar a la población autóctona que, agradecida, no olvidó a Cicerón cuando los abandonó, ya convertido en senador. De hecho, esta estancia en Sicilia se reveló como punto crucial de su posterior carrera política y no sólo por ejercer su primer cargo público. En Lilibea plantó una semilla que florecería cinco años más tarde.

El caso que haría famoso a Cicerón, se empezó a fraguar en el año 73 a.C. Por entonces Sicilia conoció a un procónsul voraz, Cayo Licinio

[2] P. Grimal, 2013 [1987], págs. 70-71.

Verres, que durante algo más de dos años saqueó de tal modo las riquezas de la isla que acabó convirtiendo una provincia romana rica en poco menos que un erial: impuso impuestos abusivos, gestionó las cosechas de trigo de manera nefasta, siempre teniendo presentes sus intereses privados, y robó muchas obras de arte que se encontraban en Sicilia. Verres actuó de forma excesiva sabiendo que gozaba de impunidad gracias a su cargo y sus amigos influyentes en Roma. Naturalmente, las autoridades desoyeron las quejas de los sicilianos, que acabaron recurriendo a Cicerón para su defensa.

La situación de Roma entonces era de relativa debilidad. Se habían producido rebeliones en distintas provincias (Hispania, Grecia...) que debieron apagarse por la fuerza, lo que daba poder a los militares y se lo restaba al senado, cuyos miembros en la mayoría de las ocasiones tomaban decisiones movidos por motivos económicos y personales. En este contexto, era necesaria una pequeña revolución que devolviera a su cauce las actuaciones políticas de los órganos de gobierno romanos. Y ese detonante fue el caso de Verres, que Cicerón llevó a juicio en el 70 a.C. Contra todo pronóstico, el orador ganó la causa gracias a su habilidad y la presentación de las pruebas del que dan testimonio sus famosas *Verrinas (In Verrem)*. Se demostraba así que en Roma se podía impartir justicia.

Los siguientes años serían para Cicerón de intensa actividad tanto política como jurídica. Todo ello le permitió seguir granjeándose una gran reputación como abogado, así como hacerse un nombre en el senado. Cicerón continuó demostrando un talento precoz para la política ocupando los diferentes cargos del *cursus honorum* casi siempre a la edad mínima permitida. Fue nombrado edil curul en el 69 a.C., y elegido pretor en el 66 a.C. También empezó a mostrarse partidario de algunas facciones políticas, lo que conllevaba implícitamente algunas enemistades. En ese período, por ejemplo, muestra por primera vez inclinación hacia el entonces cónsul Gneo Pompeyo Magno, al secundar la propuesta del tribuno Cayo Manilio de concederle el mando del ejército para pelear contra el rey Mitrídates IV en lo que posteriormente se conocería como la tercera guerra mitridática. También poco después de que el mismo Manilio abandonase su cargo de tribuno, Cicerón lo defendió de una acusación de malversación. Igualmente, durante su pretura, Cicerón se vio obligado a defender a Fausto Sila, el hijo del dictador, de los cargos de apropiación indebida de bienes. Cada vez eran menos los casos judiciales que no tenían lecturas políticas.

En el año 64 a.C., tan pronto como cumplió la edad mínima para ello, Cicerón inició la campaña para convertirse en uno de los dos

cónsules que se elegirían al año siguiente, y culminar así con brillantez su *cursus honorum*. En la campaña, uno de sus rivales directos fue Lucio Sergio Catilina, al que Cicerón ya conocía, puesto que estuvo a punto de defenderlo el año anterior por un supuesto abuso de poder que no se llegó a probar. Además, Catilina probablemente había sido uno de los miembros del complot fallido urdido por Mario Licinio Craso en el 65 a.C., para hacerse con el poder en Roma e imponer una dictadura férrea, aprovechando la ausencia de Pompeyo, quien seguía combatiendo en el este. Esta conjura no cuajó, pero tampoco tuvo consecuencias negativas inmediatas para los implicados, puesto que fue el mismo Craso quien promovió a Catilina como candidato a cónsul.

Tras una campaña brillante, en julio del 64 a.C. Cicerón fue elegido cónsul para ejercer el cargo al año siguiente. En las votaciones Cicerón ganó con holgura a los demás candidatos. En segundo lugar quedó Cayo Antonio Híbrida, que también fue investido cónsul. Había ganado por muy pocos votos al tercer candidato: Catilina.

El año que Cicerón fue cónsul fue especialmente turbulento, porque tuvo lugar la infausta conjuración de Catilina: La intervención de Cicerón para frenarla (y los memorables discursos que pronunció conocidos como *Catilinarias*) le convirtieron en salvador *in extremis* de la República y Catón llegó a llamarle «padre de la patria». Fue un año muy activo políticamente hablando, en el que el orador tuvo que luchar para que no se aplicara la ley agraria propuesta por el tribuno Publio Servilio Rulo, y también tuvo que negociar con el otro cónsul, Cayo Antonio Híbrida, para librarlo de la influencia de Catilina. Los hechos de la conjura se precipitaron en los últimos meses del 63 a.C. Frustrado por sus fracasos políticos, Catilina había planificado la sublevación en diferentes puntos de la península Itálica (especialmente en Etruria) para crear una distracción que le permitiera entrar en Roma y hacerse con el poder. Gozaba del apoyo de muchos aristócratas y del beneplácito de Craso y Julio César. Cicerón fue advertido de la conjura, en cuyos planes se incluía su propio asesinato, y a su vez el entonces cónsul puso sobre aviso al senado, quien en principio no reaccionó. El mismo Catilina proyectó en Roma, en casa de Porcio Leca, el asesinato del cónsul, que debía producirse el día 8 de noviembre. El crimen fue abortado y Cicerón pronunció su celebérrima primera *Catilinaria* en el templo de Júpiter *Stator*. Catilina no convenció al senado de su inocencia y se vio obligado a abandonar Roma. El pueblo fue informado de todo mediante la segunda *Catilinaria*. Los

cómplices de la conspiración no depusieron las armas, a pesar de la promesa de amnistía del senado. Aún la amenaza sobrevolaba Roma. Finalmente, todo se precipitó gracias a unas pruebas escritas enviadas a la comisión de alóbroges de la Galia, que demostraban la culpabilidad de los conjurados. Cicerón se hizo con ellas y las mostró al senado. La consecuencia fue que cinco de los conspiradores fueron ejecutados sin juicio, con lo que la conjura fue desarticulada (Catilina moriría al año siguiente en el campo de batalla). Fue una gran victoria para Cicerón, pero el hecho de que los conjurados fueran ajusticiados sin poder defenderse jugaría en su contra en el futuro.

Exilio, regreso a Roma y estancia en Cilicia

Hasta ese momento, la carrera de Cicerón había sido ejemplar. A partir de entonces, empezó a no jugar tan bien sus cartas y cometería algunos errores de cálculo, ya fuera por excesiva prudencia o por temor a actuar con mayor determinación.

Su primer paso en falso fue enemistarse con Publio Clodio Pulcro en el 61 a.C.[3] Clodio al parecer era amante de Pompeya, la mujer de Julio César. Una noche que se celebraban en casa de César los misterios de la Buena Diosa —a los cuales sólo podían asistir mujeres—, Clodio aprovechó para disfrazarse de mujer e introducirse con ayuda de una esclava. Fue descubierto y el caso constituyó un escándalo. Cicerón al principio no se mostró molesto con el episodio pero, al ser Clodio uno de los amigos de Catilina y pasar a tener el caso tintes políticos, el gran orador cambió de opinión y se presentó como testigo en el juicio contra Clodio. Al final, el acusado fue absuelto, pero le guardó un rencor especial a Cicerón y esperaba poder vengarse algún día.

Mientras, Cicerón seguía actuando como político y jurista, y en el plano político, Julio César instauraba un triunvirato (60-53 a.C.) para ejercer el poder, constituido por él mismo, por Pompeyo Magno y por Marco Licinio Craso. Tras esperar tres años su oportunidad, en

[3] Por cuestiones de espacio, se repasa aquí muy someramente la compleja relación antagónica que mantuvieron Cicerón y Clodio y que fue determinante en la vida del filósofo. Para una recomendable ampliación sobre esta enemistad pueden consultarse los numerosos tratados biográficos sobre Cicerón (como el citado de P. Grimal o el de Emanuele Narducci, *Introduzione a Cicerone*, Roma-Bari, Laterza, 1997, págs. 76-130), así como la biografía de Clodio escrita por Luca Fezzi, *Il tribuno Clodio*, Roma-Bari, Laterza, 2008.

el año 58 a.C., Clodio consiguió convertirse en tribuno de la plebe. Cicerón estaba alerta ante la amenaza que esto suponía, sobre todo teniendo en cuenta que él había sido en parte responsable de la ejecución sin juicio de cinco conspiradores durante el episodio de la conjura de Catilina. Efectivamente, entre las muchas leyes y medidas promovidas por Clodio, se promulgó la *Lex Clodia de capite civis Romani*, que penaba con el exilio y la confiscación de sus bienes a todo aquel ciudadano romano que hubiera provocado la ejecución sin juicio previo de un compatriota. Cicerón podía haber huido previamente o buscar la protección de César en la Galia, pero decidió asumir de lleno las consecuencias del enfrentamiento y tuvo que exiliarse hasta el año 56 a.C. y saber que Clodio había mandado destruir sus casas en Roma, Túsculo y Formia.

Cicerón estaba obligado a alejarse más allá de un radio de 500 millas de Roma, así que partió hacia el sur de Italia y posteriormente se dirigió a Dirraquio. Sin embargo, él era aún una figura destacada y empezaron a oírse voces que reclamaban su regreso. La inestabilidad política había evitado que se hicieran objeciones a la ley Clodia en el momento de promulgarse, pero una vez pasado el episodio crítico, Clodio empezó a perder popularidad y poder. Fue determinante la actuación del tribuno Tito Anio Papiano Milón, de la facción pompeyana, para forzar el regreso de Cicerón dieciséis meses después de su exilio y la restitución de sus propiedades.

El período inmediatamente posterior fue para Cicerón una lucha constante contra Clodio para recuperar todo lo que había perdido y reinstaurar el orden en algunos aspectos. Por ejemplo, quiso recuperar los terrenos en los que se había levantado su casa del Palatino, pero encontró dificultades, puesto que Clodio había erigido un templo allí y amenazaba con acusarlo de impiedad si lo derruía. Cicerón recuperó su propiedad pero Clodio insistió en sus ataques tanto por medios legales (acusó de impiedad a Cicerón) como violentos (un grupo de secuaces intentó quemar la casa ciceroniana que se estaba reconstruyendo).

Asimismo, Cicerón tuvo que defender a aquellos que le habían apoyado con celo durante su exilio y que por ello habían sido presionados directa o indirectamente por Clodio. El caso más famoso es el de Publio Sestio (56 a.C.), acusado de los cargos de cohecho y violencia. Fue una defensa conjunta, en la que también participaron Craso, Hortensio y Calvo Macro y dio pie a otro de los memorables discursos de Cicerón, por sus implicaciones jurídicas. Cicerón no se libró de la sombra de

Clodio hasta la muerte violenta de éste en el 52 a.C. De hecho, uno de sus valedores en tiempos difíciles, Milón, fue acusado de ser el responsable último de la muerte de Clodio, y Cicerón tuvo que defenderle. Perdió el juicio, pero Milón evitó un castigo mayor exiliándose en Massilia, desde donde agradeció a Cicerón sus esfuerzos.

A pesar de que todas las causas en las que se implicó en esa época tenían siempre corte político, desde su regreso del exilio el gran orador prefirió actuar con mucha más cautela y quedarse en segundo plano. Había vuelto a la arena política, pero evitó implicarse más allá de lo estrictamente necesario. Además corrían tiempos turbulentos en los que Roma vivía altercados como los que había promovido Clodio y su bando (que Pompeyo finalmente sofocó), y en los que los movimientos políticos y militares de Julio César, Craso y Pompeyo a menudo distaban bastante de ser democráticos. Se empezaba a gestar una compleja lucha por el poder que iba a desembocar en la guerra civil.

Sin embargo, antes del estallido del conflicto fratricida, Cicerón tuvo tiempo de ejercer como gobernador de Cilicia, una pequeña provincia al sudeste de Asia Menor que también incluía Chipre. Cicerón fue destinado allí en calidad de procónsul. Era un cargo que no había pedido y que tampoco tenía ganas de ejercer, pero la falta de hombres adecuados para la gestión de las colonias provocó que en el 51 a.C. Cicerón tuviera que desplazarse muy lejos de Roma a encargarse de un ejército de 12.000 soldados y más de 1.500 jinetes. A pesar de lo poco apetecible del destino, Cicerón desempeñó con responsabilidad y no poca habilidad su cargo en un área geoestratégica que registraba tensiones, pues Roma había fracasado contra los partos y Siria acababa de vivir una revuelta. Si algo siempre hizo Cicerón fue anteponer siempre los intereses de Roma a los suyos propios.

Últimos años

Los últimos años de Cicerón estuvieron estrechamente ligados al destino de la República y, de un modo u otro, la sentencia definitiva que ésta recibió en los últimos años selló el destino del orador. Cuando regresó a Roma en el año 50 a.C., Cicerón pudo comprobar de primera mano el enorme distanciamiento que se había producido entre César y Pompeyo, que no presagiaba nada bueno. Como solía, el arpinate decidió tomar partido por Pompeyo, pero su espíritu políticamente conciliador hizo que siguiera manteniendo buenas relaciones con Cé-

sar. Éste estaba pugnando por mantener el *imperium* militar al mando de sus ejércitos en la Galia Cisalpina e Ilírico, aun después del período de diez años que se le había otorgado y que iba a finalizar en el 49 a.C. En resumen, tras largas negociaciones César se preparó para la guerra que le iba a enfrentar al poder del senado durante cuatro años, y que culminaría con la derrota definitiva de las fuerzas republicanas y la proclamación de César como *imperator*. Fue una larga guerra, que se desarrolló en numerosos frentes por toda la cuenca mediterránea (Massilia, Ilerda, Farsalia, Brundisio, Dirraquio, Egipto, Asia Menor, norte de África [Útica, Tapso] y Munda, en Hispania Ulterior) y que iba a acabar convirtiendo al senado en un mero órgano sin poder ejecutivo y a Marco Tulio Cicerón en una sombra del pasado que pronto iba a desaparecer.

La actuación de Cicerón durante la contienda siempre fue retraída, aunque contribuyó como pudo a la causa republicana. Sin embargo, eso no evitaba mostrarse abierto a negociaciones con Julio César siempre que fuera posible. Las cartas que escribió durante el conflicto son un perfecto testimonio de su inquieto estado de ánimo. Antes de estallar la guerra reconocía a su amigo Ático su debilidad de carácter en estos contextos y temía por «mi supervivencia, la de todos los ciudadanos y la de la República en su totalidad». Inicialmente, se ocupó de inspeccionar los reclutamientos que se hacían en Capua. Pero tan pronto como César entró en la península cundió el pánico entre los senadores, entre los que estaba Cicerón, quien, como muchos otros, huyó. Refugiado en su propiedad de Formia, Cicerón recibió al mismísimo César, quien intentó atraerlo a su bando. El arpinate estuvo tentado de seguirlo pero se resistió finalmente a aceptar la oferta. De todos modos, ese interés por Cicerón no significaba que él fuera una pieza importante para ninguna de las dos facciones, sino que simplemente querían contar con su favor.

Él y su familia se iban a mover al son de los tambores de guerra por un tiempo, hasta la batalla de Farsalia (9 de agosto del 48 a.C.) que significaría la derrota de Pompeyo Magno, quien moriría traicionado por los egipcios poco después. Tras la derrota de Farsalia, Cicerón, que estaba en Dirraquio con Catón el hijo de Pompeyo y las fuerzas pompeyanas, volvió a Italia para ser interceptado y detenido por las fuerzas cesarianas. Estuvo retenido en Brundisio casi un año.

Finalmente Cicerón pudo regresar a Roma y volver a congraciarse con César. Allí se dedicó sobre todo a la actividad intelectual, a ejercer la defensa en algún caso puntual y a seguir de reojo las noticias sobre

las victorias de César hasta su éxito definitivo en la dura batalla de Munda (17 de marzo del 45 a.C.). En el plano privado, a Cicerón tampoco le fueron las cosas bien. En el 46 a.C., repudió a Terencia, la que había sido su esposa durante treinta años, en buena parte por motivos económicos. Se volvió a casar inmediatamente después con una joven llamada Publilia, pero el matrimonio apenas duró tres meses. Con toda probabilidad tuvo algo que ver la peor tragedia que vivió Cicerón: la muerte de su amada hija Tulia (en febrero del 45 a.C.), un mes después de un parto complicado.

Completamente desconsolado, Cicerón se retiró y se volcó en la escritura. A este período pertenecen sus mejores obras filosóficas. Ya no tenía ningún peso político y visitaba Roma cada vez menos, permaneciendo en alguna de las fincas de su propiedad. Excepto para cuestiones puntuales, Cicerón se encerró en sí mismo y se dedicó a escribir con vehemencia. Se había convertido en un personaje público inocuo, pero a pesar de ello, César le visitó una noche en su finca de Puteoli para cenar con él y hablar de literatura. Fue el 19 de diciembre del 45 a.C., tres meses antes de los idus de marzo.

El asesinato de Julio César lo sacó de su retiro y volvió a ejercer febrilmente su actividad senatorial por un breve tiempo. Muerto el dictador, Cicerón tenía razones más que sobradas para temer a Marco Antonio, así que pactó con Octavio, que había sido proclamado heredero de César. Con su apoyo, consiguió imponerse temporalmente en el foro al bando de Marco Antonio, una victoria a la que contribuyeron los cuatro primeros discursos de los catorce que le dedicó Cicerón a Marco Antonio y que se conocen como *Filípicas*. Sin embargo, su intención de declararlo enemigo del pueblo no tuvo éxito.

Esa situación de relativa tranquilidad no iba a durar mucho tiempo. Cicerón se había vuelto a convertir en el senador romano más importante, gracias a sus *Filípicas*, el beneplácito de los dos cónsules de ese año y su apoyo incondicional a Octavio. Pero tenía garantizado el odio de Marco Antonio hacia él y a la mínima oportunidad, su vida correría peligro. No tardó en producirse esa ocasión: los dos cónsules vigentes, C. Vibio Pansa y A. Hircio murieron en el campo de batalla, tras luchar contra las fuerzas rebeldes de Bruto. Poco después, Octavio forzó al senado, para poder ser nombrado cónsul y, junto con Marco Emilio Lépido y Marco Antonio, constituyó el segundo triunvirato (27 de noviembre del 43 a.C.). Una de las primeras cosas que hicieron fue elaborar una lista de nombres de personas que debían morir. Cicerón era una de las primeras propuestas de Marco Antonio, así como

también su hermano Quinto. Tan pronto como se enteraron, organizaron la huida. Cicerón se separó de su hermano y su sobrino, quienes fueron delatados por sus esclavos y ajusticiados. Cicerón cometió el error de dudar si embarcar o no rumbo a Grecia. No lo hizo y se quedó en su finca de Formia hasta donde fueron a buscarlo el centurión Herennio y el tribuno Popilio. Lo descubrieron marchándose en litera y allí mismo le cortaron la cabeza. También, por orden de Marco Antonio, le cortaron las manos con las que había escrito las *Filípicas*. Cuando los verdugos le llevaron los despojos a Marco Antonio, según Plutarco: «Ordenó que la cabeza y las manos se pusieran en la tribuna de los *rostra*: espectáculo estremecedor para los romanos porque pensaban que estaban viendo no el rostro de Cicerón, sino la imagen del alma de Antonio».

OBRA

Aunque no son pocos los textos que se han perdido de Cicerón, la fortuna que han corrido sus obras es mayor que la de la mayoría de los autores clásicos, gracias sobre todo a la gran consideración que mereció desde la Antigüedad. De hecho, la única faceta como escritor que no fue altamente apreciada por sus contemporáneos, la de poeta, es de la que menos ejemplos nos han llegado. Sus traducciones, sobre todo de textos filosóficos, tampoco han corrido mejor fortuna. Como escritor, Cicerón fue para los romanos en gran medida un prosista y, como tal en la época de la República, era moralmente virtuoso. Y ésa era una característica casi antagónica propia de los poetas republicanos, con Cátulo a la cabeza, por lo que Cicerón quedaba excluido de ese grupo. Él cultivó una poesía formalmente pulcra durante toda su vida, pretendiendo alcanzar una consagración que nunca llegó. Al final, escribir versos se convirtió más en un ejercicio estilístico que en la honda expresión de los secretos del alma. Aunque Plutarco diga lo contrario, Cicerón no tenía madera de poeta. Las restricciones métricas eran demasiado estrictas para su desbordante expresión.

Otro cantar serían sus traducciones del griego, las cuales, por lo que se sabe, gozaron de bastante reputación. E incluso algunas se convirtieron en obras de referencia. En esencia, se trataba de trabajos con los que Cicerón ejercitaba sus conocimientos de lengua griega y desarrollaba conceptualmente la latina. Además, con ello se empapaba de los cono-

cimientos que éstas transmitían. Entre los títulos de sus traducciones, cabe destacar el *Timeo* y el *Protágoras* platónicos, el *Económico* de Jenofonte, el poema erudito *Fenómenos*, de Arato, así como los discursos *Sobre la corona*, de Demóstenes, y *Contra Ctesifonte*, de Esquines. Así pues, se ve con esta breve relación como Cicerón no perdía oportunidad de aprender de las más diversas ramas del conocimiento, traduciendo desde obras filosóficas a textos de grandes oradores griegos, pasando por la poesía y la economía doméstica. También es famosa su preocupación por editar cuidadosamente una versión del famoso poema epicúreo de Lucrecio *De la naturaleza de las cosas*, obra por la que profesaba una profunda admiración, a pesar de no corresponderse con su pensamiento filosófico.

Al afrontar la obra de Cicerón conviene tener presente siempre que todos y cada uno de sus escritos (ya sean poemas, traducciones, de naturaleza jurídica, política, filosófica o teórica de cualquier tipo) pueden calificarse de literarios. Y además se trata de literatura de altos vuelos. Sus contemporáneos ya asumían la escritura de aquellos textos como arte literario. Y no sólo eso, sino que este arte llega a cotas de perfección expresiva que pocos escritores han alcanzado. Además, hay que añadir que el arpinate siempre mostró una honda preocupación estética a la hora de expresarse. Tanto es así, que para él siempre fue tan importante el contenido como el continente. Siempre defendió que la fuerza de sus escritos residía tanto en el mensaje como en la forma de exponerlo. Incluso esto último podía llegar a ser más importante que las ideas. No hay más que recordar su famosa sentencia en *Sobre el orador (docere, delectare et movere)* para que no quede duda al respecto. En este sentido, como en otros, Cicerón se acercará mucho más a Platón,[4] el mejor prosista de la Grecia clásica, que a los textos de Aristóteles, más áridos al tratarse, como sabemos, de las lecciones que impartía y que compilaron sus discípulos.

Si dejamos aparte sus poemas y sus traducciones, a grandes rasgos se puede dividir la obra de Cicerón en tres grandes grupos según su intencionalidad o, dicho de otro modo, según los destinatarios a quienes se dirigían sus escritos: sus numerosas cartas personales, el gran corpus que constituyen sus discursos legales y políticos, y finalmente

[4] Por ejemplo, A. Alberte González, en *Cicerón ante la retórica* (Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987), rastrea las contribuciones de Platón a la filosofía ciceroniana condicionadas siempre por la aplicación retórica que se le pueda atribuir.

sus textos más teóricos y enciclopédicos, ya sean sobre retórica y elocuencia, sobre filosofía, sobre política o sobre moral del derecho.

Discursos

La vida pública de Cicerón (y la de la Roma de su época) se puede rastrear a lo largo de los numerosos discursos públicos de los que tenemos noticia, tanto los que se han conservado como los que no. Si Demóstenes es el gran orador griego de la época clásica, Cicerón se erige, sin duda, en la figura más prominente entre los romanos. Sus famosas alocuciones públicas las hizo tanto en calidad de político como de jurista, ya fueran alegatos en defensa o acusación de alguien. Aunque no todos los discursos de Cicerón estaban destinados a publicarse, sí que se difundió por escrito un número considerable de ellos (más de 130), de los cuales han llegado hasta nosotros en distintos estados de conservación 58. No hay que olvidar que, de todos esos discursos, algunos vieron la luz tal cual fueron pronunciados, pero muchos otros fueron con toda probabilidad parcial o totalmente reescritos después de ser pronunciados, siempre pensando en su difusión posterior. Existen testimonios que aseguran que más de una vez el discurso publicado tenía mayor fuerza que las arengas y los alegatos escuchados por sus contemporáneos. Esta práctica de modificar el discurso obedecía tanto a intereses políticos y de promoción personal como a una evidente preocupación literaria y estilística.

La intención última de Cicerón en sus discursos siempre fue persuadir a su audiencia por encima del resto de los fines perseguidos. La elocuencia es el eje en torno al cual gira todo lo demás. Argumentos de peso, ideas bien hilvanadas, refutaciones perfectamente estructuradas..., todo ello está subordinado a la elocuencia. En estos casos, para él no va a ser importante ofrecer una visión global del asunto tratado, sino parcial. Tiene que atraer al público a su terreno. Si hay que recurrir a elementos extemporáneos o a la emoción para convencer a su audiencia, Cicerón lo hace sin dudarlo. Y lo hace con tal brillantez, habilidad e inteligencia que no sólo se convirtió en una referencia ineludible durante los siglos que duró el Imperio romano, sino que lo ha sido a lo largo de la historia hasta hoy con apenas altibajos.

Sus discursos abarcan todo tipo de estilos y temas. Hay defensas en juicios, invectivas públicas, discursos en el senado y en la asamblea;

aborda temas políticos, legales, económicos, morales… Todo un catálogo de cómo argumentar y convencer, además de una perfecta guía para seguir sus vicisitudes biográficas como abogado y estadista. Aquí sólo se citarán los más importantes. Si seguimos una progresión cronológica, en primer lugar, hay que citar el *Pro Roscio Amerino*, su primer caso de cierto renombre en defensa de un hombre acusado de parricidio y pronunciado hacia el año 80 a.C. A pesar de su falta de experiencia, en él podemos encontrar muchas de las pautas que seguirían sus discursos, como la vehemencia y el exceso, que por primera vez convertían al orador en figura central del proceso, además de aducir convenientemente pruebas, argumentos y datos que favorecieran siempre a su representado, y que llegaron a hacer del caso una cuestión política.

Su consagración como jurista vino en el 70 a.C. con las *Verrinas*, sus famosos discursos en contra del procónsul de Sicilia, Cayo Licinio Verres, por sus abusos de poder y corrupción, por los cuales debió responder ante el pueblo siciliano con el exilio. Fue un proceso largo y complejo, pero Cicerón demostró una habilidad única para estructurar el caso y presentar las evidencias de manera incontestable. Los discursos que hoy conocemos como *Verrinas* son todo un prodigio literario, una demostración del poder de la palabra y un hito político, al lograr acabar con un hombre poderoso y con muchas influencias. Cicerón demostraba que su visión del derecho de los hombres era correcta.

Poco después empezarían a conocerse algunos discursos políticos como el famoso *Pro Lege Manilia* (66 a.C.), en el que ya daba muestras de su apoyo a Pompeyo y pedía que se aprobara la ley promovida por el tribuno Cayo Manilio para darle el mando del ejército a Pompeyo en la guerra que libraba en suelo griego. Aunque lo enfrente a Hortensio, se trata eminentemente de un discurso conciliador, destinado a sumar voluntades, algo muy diferente que los casos legales. De esta época también son los discursos jurídicos *Pro Caecina* y *Pro Cluentio*, así como el político *In senatu in toga candida*, pronunciado durante su campaña para acceder al consulado y del que sólo tenemos noticia indirecta a través de un texto de Ascanio en el que lo comenta.

Sin duda, sus discursos más famosos, los que han tenido mayor repercusión histórica y literaria, son las cuatro *Catilinarias*, que pronunció durante el intento de toma del poder de Sergio Catilina. La intervención de Cicerón fue providencial para salvar la República y estos discursos políticos, dos pronunciados ante el senado y dos ante

el pueblo, son un hito retórico y literario de primer orden. De esta etapa también son sus famosas defensas *Pro Rabirio* (uno de los preferidos del propio Cicerón) y *Pro Murena*. Posteriormente, tras haber vuelto del exilio en Macedonia, pronunció otro discurso de profundas implicaciones políticas: el *Pro Sestio* en el que defiende a uno de sus partidarios, que posteriormente fue acusado por Clodio. Se trata de una alocución de una perfección formal admirable, que además es fundamental para entender el sistema político de la República en general y cómo lo concebía Cicerón en particular.[5]

El tercer gran grupo de discursos es sin duda el de las *Filípicas*, bautizados así en homenaje a Demóstenes y los célebres discursos que dedicó al rey Filipo II de Macedonia. Se trata de un grupo de catorce grandes discursos políticos centrados en el tema de la libertad y destinados a parar los pies a Marco Antonio, cuyo destino había estado muy ligado al de César. A muy corto plazo lo consiguió, pero con el advenimiento del segundo triunvirato, mostrar su convicción política con tanta claridad le costó la vida. Se trata de otro de los puntos culminantes de la carrera política de Cicerón pero también supone su elegíaca despedida de la vida pública. Sus esfuerzos para salvar la República se demostrarán ímprobos. El estadista ya intuye que su final está próximo y que el gobierno romano tal y como lo conoció estaba herido de muerte:

> ... ofrecería con gusto mi vida, si mi muerte puede significar la libertad de la ciudad, de modo que por fin el dolor del pueblo romano dé a luz a lo que ya desde hace tiempo lleva en sus seno. [...] Sólo deseo senadores estas dos cosas: una, que al morir deje al pueblo romano libre —nada mejor pueden concederme los dioses inmortales—; la otra, que a cada uno le vaya según sea su comportamiento para con la República.[6]

Cartas

Pasemos ahora brevemente a las epístolas escritas por Cicerón. Sus cartas representan el reverso oculto de sus discursos públicos. Son la clave para aprehender la personalidad de Cicerón en su totalidad. Se conser-

[5] *Cf.* J. Cousin, *Discours XIV: Pour Sestius; Contre Vatinius*, París, Les Belles Lettres, 1965.

[6] *Filípicas*, II, 46, 118-119; *Discursos VI* [trad. de María José Muñoz Jiménez], Madrid, Gredos, 2006.

van en torno a un millar de sus cartas, todas ellas escritas entre el 68 a.C. y la fecha de su muerte. Entre los destinatarios se encuentran muy diversas personas, desde familiares, especialmente su hermano Quinto, hasta políticos importantes como Julio César o Bruto, pasando por amigos suyos, entre los que destaca Ático como destinatario más habitual, así como otros personajes públicos.

El carácter eminentemente privado que poseen todas estas cartas les confieren un valor excepcional, al darnos a conocer al Cicerón más íntimo: cómo era él como persona y no como personaje público, sus fragilidades más ocultas, sus miedos y sus contradicciones menos evidentes, su afán por conocer todo lo que pudiera crear el ser humano y su gusto por ejercer de «profesor», de convencer y convertirse en mentor de los demás. También nos desvelan no pocos datos biográficos que de otro modo se hubieran perdido irremisiblemente. Este Cicerón epistolar es otro diferente del público, más espontáneo, y sin embargo, tan virtuoso con el lenguaje como siempre. A pesar de todo, el propio Cicerón es muy consciente de que el medio escrito es muy diferente al del resto de sus escritos y eso condiciona tanto el lenguaje como la estructuración del mensaje:

> ¿Qué impresión te causan mis cartas? ¿Acaso no me dirijo a ti con lenguaje plebeyo? Pues no siempre es del mismo modo. En efecto, ¿qué semejanza tiene una carta con un discurso judicial o una arenga? Es más, no solemos tratar todos los discursos judiciales del mismo modo: las causas privadas, especialmente las sencillas, las tratamos con bastante sutileza, y las que tienen que ver con la pena capital o son cuestiones de honor con más recursos estilísticos. En cambio, las cartas acostumbro a tejerlas con palabras cotidianas.[7]

Obras teóricas e ideológicas

El último gran bloque de la obra escrita de Cicerón son sus obras teóricas y filosóficas. Casi todas ellas las escribió en períodos temporales de relativa inactividad política y jurídica, pero sobre todo durante los últimos años de su existencia, época en la cual escribió buena parte de sus obras filosóficas sumido en un estado de dolor y melancolía producido

[7] Carta 188 (IX, 21) destinada al caballero Peto; *Cartas IV* [trad. de Ana-Isabel Magallón], Madrid, Gredos, 2008.

por los acontecimientos de su vida personal (divorcio de su primera mujer, muerte de su amada hija) y de la vida política romana (últimos estertores de la República tras la derrota definitiva de Pompeyo y el ascenso al poder y la inmediata muerte de Julio César).

En primer lugar tenemos los textos dedicados al estudio de la retórica. Inicialmente empezó su formación con un escrito de juventud, *Sobre la invención (De inventione)*, una obra de inspiración aristotélica en la que reflexiona sobre cómo debe exponer el orador un tema concreto para demostrar convincentemente su postura. La cima ciceroniana sobre teoría retórica es el texto *Sobre el orador*, escrito en el 55 a.C., en el que expone uno de los pilares de su pensamiento: la comunión que debe haber entre retórica y filosofía para que el orador tenga una base de conocimientos sólida y perfeccione técnicamente su discurso. La retórica deja de ser, pues, una herramienta útil por sí sola.[8] A *Sobre el orador* se le unen las siguientes obras, todas ellas escritas entre el 46 y el 44 a.C.: *Orator*, *Bruto (Brutus)*, *Tópicos (Topica)* y *Sobre la mejor clase de oradores (De optimo genere oratorum)*. La primera es una crítica al estilo aticista y simple en los discursos; la segunda, también contra los aticistas, hace un breve repaso de la prosa romana; la tercera no es más que una reformulación y comentario de la obra de Aristóteles, y la cuarta y última (hoy perdida) es una demostración práctica de las tesis expuestas en *Orator*.

De sus escritos estrictamente políticos conocemos dos grandes referencias fragmentariamente, *Sobre la República (De republica)* y *Las leyes (De Legibus)*, y uno que se ha perdido, *De iure civili*. La gran referencia en este campo del saber es *Sobre la República*, que desde su título ya avisa de su inspiración platónica, aunque en este caso Cicerón se distancia del filósofo griego en el hecho de que complementa con un ejemplo práctico (la República romana) las teorías no demostradas de Platón. Dividida en seis libros, de esta obra que se gestó durante más de un lustro sólo se han conservado parcialmente los tres primeros y dos folios del cuarto, además del famoso anexo el «Sueño de Escipión», el cual es uno de los más brillantes ejercicios estilísticos del orador. Por su parte, la obra *Las leyes*, escrita hacia el 52 a.C., es un extenso diálogo sobre el derecho natural en el que se repasan las diferentes posturas de las escuelas filosóficas de la época.

[8] Véase sobre esta idea central, sobre la que pivota todo el pensamiento ciceroniano, la edición de esta obra a cargo de J. M. May y J. Wisse, *On the Ideal Orator*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.

En lo que respecta a sus obras estrictamente filosóficas, Cicerón era de nuevo consciente de que era uno de los primeros que abría el camino entre sus compatriotas con verdadera fuerza. Múltiples son los testimonios de ello en sus escritos. Sirva de ejemplo este pasaje de sus *Disputaciones tusculanas*:

> La filosofía no ha sido objeto de atención hasta nuestros días y no ha recibido ninguna luz de las letras latinas: a mí me toca darle esplendor y vida, de manera que, si en mi vida activa he sido de alguna utilidad a mis conciudadanos, desearía también prestarles algún servicio, si me acompañan las fuerzas, desde mi retiro. Y yo debo poner todo mi empeño en este campo, sobre todo porque se dice que existen ya muchos libros escritos sin criterio alguno por autores que indudablemente son personas magníficas, pero carentes de los conocimientos suficientes.[9]

Precisamente de entre sus obras destaca ésta, las *Disputaciones tusculanas (Tusculanae disputationes)*. Escrita en el 45 a.C. en su finca de Túsculo, bajo el fuerte influjo de la muerte de su hija Tulia, se trata de una serie de hondas reflexiones sobre cómo saber llevar la muerte, el dolor, la tristeza y las inquietudes del alma. Apenas unos meses antes había escrito también *Hortensio (Hortensius)* y una *Consolación (Consolatio)*, hoy ambas obras perdidas. Aún ese mismo año y por la misma época que las *Disputaciones*, escribió otra de sus obras más notables, *Del supremo bien y del supremo mal (De finibus bonorum et malorum)*, en la que analiza el supremo bien de nuevo desde las perspectivas de las escuelas filosóficas de la época. A estas obras le siguieron al año siguiente *Cato mayor (Cato Maior)*, dedicada a la reflexión sobre la vejez, *Lelio (Laelius)*, dedicada a la amistad, el brevísimo tratado *Tópicos*, en el que explica la obra de Aristóteles, el texto *Sobre la gloria (De gloria)*, hoy perdido, y finalmente otro hito de Cicerón, *Sobre los deberes (De officiis)*, obra ética inspirada en el trabajo del filósofo estoico Panecio, dedicada a reflexionar sobre lo moralmente bueno y lo útil.

También entre el 45 y el 44 a.C., escribió algunas obras de carácter más religioso. Así, se sumerge en la física, estudiando las divinidades en *Sobre la naturaleza de los dioses (De natura deorum)*. Asimismo, se cuestiona sobre la posibilidad de que el hombre posea libertad o bien su destino está ligado a instancias superiores en dos obras:

[9] *Disputaciones tusculanas*, 1, 3, 5-6.

Sobre la adivinación (De divinatione) y la fragmentaria *Sobre el destino (De fato)*.

Finalmente, aparte queda la obra *Académicas (Academica)*, que trata sobre el conocimiento. Cicerón escribió dos versiones de esta obra dialogada en el 45 a.C., de las cuales sólo se ha conservado un libro de cada redacción.

PENSAMIENTO

Lo primero que conviene tener presente antes de conocer la doctrina de Cicerón son dos puntos que están por encima de sus obras. En primer lugar, como se ha dicho, le dio siempre preeminencia a la elocuencia sobre las ideas, con todo lo que ello puede conllevar en lo positivo y en lo negativo. Y aunque esto le puede obligar ocasionalmente a cierta servidumbre expositiva, no hay que olvidar que probablemente Cicerón es, sin duda alguna, uno de los filósofos más elegantes de la historia del pensamiento occidental. En segundo lugar, es bueno tener en cuenta sus circunstancias vitales y, en general, su manera de pensar como figura pública más allá de sus principios estrictamente filosóficos, que le obligó a veces a afrontar situaciones y decisiones de índole política. Como ha quedado dicho, él personifica mejor que nadie la transición de Roma de la República al Imperio, del sistema de gobierno controlado por una minoría selecta de rango aristocrático al poder absoluto ostentado por una única persona. De alma eminentemente conservadora, siempre defendió las instituciones republicanas, aunque no pocas veces actuó con prudencia (y con cierto temor) adaptándose a los cambios en el poder que sucedían a su alrededor. Por ello, en más de una ocasión sus escritos se pueden mostrar contradictorios entre sí en algunos conceptos, a causa de cierto pragmatismo diplomático que le obliga a posturas diversas según el período en que fueron escritos. No obstante, esas incongruencias suelen ser de poco calado y nunca se encuentran dentro de una misma obra. Sobre todo pueden detectarse entre algunos de sus discursos adaptados a los tiempos políticos. Hay que añadir que cada uno de sus escritos está profundamente marcado por el momento de su vida en el que lo escribió, concentrándose, como queda dicho con anterioridad, en los últimos años de su vida los textos eminentemente filosóficos, éticos y religiosos, una etapa en la que el alma ciceroniana busca consuelo en las reflexiones teológicas, metafísicas y morales. Del

mismo modo, sus tratados teóricos sobre política y retórica tienden a concentrarse en su época de formación intelectual y el posterior esplendor público, cuando la palabra se convierte en herramienta de acción directa para el orador.

También conviene dejar claro que lo que ofrece el pensamiento de Cicerón no es tanto un sistema filosófico bien trabado, sino una manera de entender la filosofía y de integrarla en todos los ámbitos de la vida cotidiana y hacerla accesible a todos los hombres. La filosofía siempre tiene un efecto beneficioso sobre los individuos, tanto aisladamente como miembros de una sociedad. Por ello, para Cicerón es fundamental la aglutinación de los métodos de las diferentes escuelas que conoció, y la retórica y la oratoria se convierten en pilares de toda una plataforma de intención didáctica desde la que pretende dar a conocer sus convicciones jurídicas y políticas, así como sus reflexiones morales. Ahora bien, hay que destacar que de entre todas las corrientes de pensamiento que conoció, Cicerón escogió como columna vertebral para desarrollar sus teorías la escuela de la Academia Nueva, que partiendo de las ideas de Platón evolucionó hacia un escepticismo moderado.

Influencias

El pensamiento de Cicerón es hijo de un caldo de cultivo bastante heterogéneo, cuyos ingredientes tienen su origen en Grecia y en el Asia Menor griega. Basta para ello exponer brevemente su completo itinerario filosófico, al que le empujó su insaciable sed de saber, que jamás decreció a lo largo de su vida. En Arpino, su ciudad natal, Cicerón no recibió estrictamente formación filosófica, pero sí unos conocimientos clave para la futura evolución de su pensamiento. En primer lugar, tanto allí como en el resto de la península Itálica, la lengua griega se conocía relativamente bien.[10] Así que antes de llegar a Roma, Marco Tulio ya tenía cierto dominio de la lengua de Platón y Aristóteles. La fluidez la iría perfeccionando más adelante y, con ello, indirectamente la creatividad lingüística y sintáctica en latín. Asimismo, el futuro abogado fue consciente a muy temprana edad de la importancia de la forma del discurso: el modo en que se exponían las ideas al público para él era tan importante como las ideas en sí mismas. Como queda dicho, esta pre-

[10] P. Grimal, 2013 [1987], págs. 27-28.

misa (que desembocaría en una elaborada teoría de la elocuencia) no le abandonaría jamás en ninguna de sus facetas, ni la jurídica, ni la política, ni la filosófica.

Con su llegada a Roma a los dieciséis años, empezó a profundizar en las diferentes escuelas helenas y sus grandes pensadores. Apenas llegado a la capital se empezó a relacionar con Pisón y Estáseas, quienes le enseñaron la puerta de entrada para introducirse en la filosofía de Aristóteles. Es evidente que, aunque es su filósofo de referencia, Cicerón siempre tuvo en alta consideración al Estagirita. De él llegó a decir que es «muy superior a todos, exceptuando siempre a Platón».[11] En cualquier caso, Cicerón adaptará inevitablemente muchas de sus ideas, tomando como fuente obras tan diversas como la *Retórica*, la *Política*, el *Protréptico*, los *Tópicos* e incluso diálogos perdidos como *Grilo* o *Sobre los poetas.*

También empezó a relacionarse habitualmente con otros pensadores que le influyeron en mayor o menor medida. Durante la década del 80 a.C., Roma era un hervidero de filósofos griegos, que habían encontrado allí un destino ideal para propagar sus ideas y ser escuchados, máxime si a esto se añade que eran tiempos turbulentos en Grecia, donde se hacían oír los tambores de guerra romanos. Uno de los primeros filósofos con los que se relacionó Cicerón fue Fedro, un pensador epicúreo al que conoció en el 88 a.C. y que le influyó mucho en esos años de adolescencia. Puede decirse incluso que Cicerón se adscribió plenamente al epicureísmo en un primer momento de su formación. Sin embargo, un hombre pragmático como él, muy ligado a la realidad y a los grandes acontecimientos que sucedían a su alrededor de los que era incapaz de sustraerse, no podía identificarse durante mucho tiempo con una doctrina que pretendía ponerse más allá de las preocupaciones mundanas y que rechazaba toda intervención en la vida política. Así se demuestra en varias de sus obras dialogadas en las que las posturas epicúreas suelen ser las primeras que se rebaten, no sin intentar conciliarlas con otras opciones. Sucede por ejemplo en *Sobre la naturaleza de los dioses*, donde se rechaza la teología epicúrea; en varios de los cinco libros de las *Disputaciones tusculanas*; o en *Del supremo bien y del supremo mal*, donde se condensa con brillantez la ética estoica, afín a la de los académicos y peripatéticos, que gira en torno al supremo bien, que es la felicidad. Allí conceptos como la virtud, que para los epicúreos tiene un valor instrumental, distancia esta escuela del pensamiento de Cicerón.

[11] *Disputaciones tusculanas*, 1, 10, 22.

Así pues, Cicerón no tardó mucho en ir abandonando sus posiciones epicúreas para ampliar sus conocimientos con otras corrientes. Entrar en contacto con el escepticismo vino de la mano de Filón de Larisa, quien se instaló en Roma para resguardarse de las Guerras Mitidráticas y ejercer de maestro. Filón había sido un miembro importante de la Academia Nueva cuando ésta la dirigía Carnéades, escéptico moderado quien, según Diógenes Laercio, destacaba sobre todo por trabajar los temas relacionados con la ética y había hecho de la oratoria una virtud. En la época que lo conoció Cicerón, Filón ya había abandonado las posturas escépticas más mesuradas y le transmitió un escepticismo más puro. Por otra parte, y a pesar de que sus enseñanzas procedían de la Academia platónica, en la que era proverbial el desprecio por los artificios retóricos, Filón también le transmitió cierto amor por la oratoria y sobre todo por su utilidad para alcanzar un fin.

Su tercera gran etapa de aprendizaje fue el estoicismo. De esta escuela tuvo dos grandes maestros en esa época. El menos importante fue Lucio Elio Estilón, también maestro de Varrón, al que posteriormente el propio Cicerón criticó por su poca consistencia discursiva. De todos modos se trataba de uno de los filólogos más destacados de esa época en Roma y cabe suponer que, bajo su magisterio, aumentaron considerablemente los conocimientos de Cicerón sobre autores griegos de época arcaica. El segundo gran maestro estoico fue mucho más significativo para la educación del orador: Diódoto. Versado en dialéctica, Diódoto transmitió a Cicerón todos sus conocimientos en este campo. La relación entre maestro y pupilo debió de ser muy íntima, puesto que acabó viviendo en casa del propio Cicerón durante años hasta su muerte.

El viaje a Grecia emprendido por Cicerón en el 79 a.C. fue enormemente enriquecedor tanto en lo filosófico como en el terreno de la elocuencia. La estancia en Atenas ocupó la mayor parte de su tiempo. Su principal mentor allí fue Antíoco de Ascalón, filósofo iniciado en el escepticismo académico, del que posteriormente fue distanciándose hasta adoptar postulados estoicos tendentes al eclecticismo. Cicerón aprendió mucho de él, sobre todo en lo que se refiere a retórica y técnicas de pronunciación del discurso, desde los recursos áticos de estructuración de ideas y frases hasta la modulación adecuada en cada caso. A pesar de que Cicerón también incorporaba ideas de cosecha propia a la hora de declamar que no agradaban a su maestro, Antíoco quedó impresionado con un discípulo tan aventajado y le recomendó vivamente dedicarse a la política. Hombres de su valía no podían malograrse

dedicándose a otra cosa que no fuera el bien de la comunidad. Esta idea caló hondo en Cicerón y se convirtió en uno de los pilares de su pensamiento político posterior. Posiblemente las enseñanzas y recomendaciones de Antíoco fueron las que más marcaron a Cicerón en la aplicación política pero también en cuestiones morales.[12]

Finalmente, antes de volver a Roma, Cicerón se desplazó a Asia Menor, cuna de la filosofía, e hizo una escala necesaria en Rodas de varias semanas. Allí estaban el filósofo Posidonio de Apamea y el respetado orador Apolonio Molón, a los que ya había conocido en Roma en el 87 a.C., cuando éstos viajaron allí en calidad de embajadores rodios. Molón, como retórico, defendía causas judiciales y Cicerón lo vio en acción varias veces. En un momento dado, el joven Marco Tulio hizo una declamación en griego ante Molón. Éste se quedó impresionado y, según Plutarco, le dijo: «A ti, Cicerón, te elogio y te admiro, pero a Grecia la compadezco por su suerte, pues veo que, gracias a ti, pasan a ser también de los romanos los únicos bienes que nos quedaban, la cultura y la elocuencia».[13] Para Plutarco, el joven Marco Tulio ya se había convertido en todo un símbolo cultural del traspaso de saberes de Grecia a Roma. Por su parte, Posidonio, referente del estoicismo por entonces, acogió a Cicerón y lo alejó del optimismo intelectualista que propugnaban los estoicos más ortodoxos. La influencia del filósofo rodio llegó lejos para Cicerón, quien lo tuvo en cuenta como fuente de inspiración de *Sobre los deberes*, especialmente el libro III.

Eclecticismo y condensación

El repaso al recorrido de formación intelectual y filosófica, en el caso de Cicerón, se hace más necesario que con otros autores. Las razones son relativamente sencillas. Por un lado, su innegable relevancia en el pensamiento romano se debió especialmente a cuestiones más de forma que de fondo, aunque adaptó sus aportaciones propias a la realidad romana. Es decir, Cicerón desarrolló un pensamiento personal

[12] Son numerosas las menciones a Antíoco que hace Cicerón en sus textos, tanto en sus cartas, como en obras filosóficas como las *Disputaciones tusculanas*, *Las leyes* («Antíoco, mi amigo íntimo —porque no me atrevo a llamarle maestro—, con el que conviví y que casi me arrancó de mis jardincitos y me condujo en muy pocos pasos a la Academia», relata Ático en I, 21, 54) y especialmente *Del supremo bien y del supremo mal*, cuya presencia se hace notar en el libro V.

[13] *Cicerón*, 4, 7. Plutarco, *Vidas paralelas*, VIII, 2010.

eminentemente ecléctico (aunque con una fuerte influencia de los preceptos de inspiración estoica que se enseñaban en la Academia Nueva en esa época), pero su originalidad está en cierto modo limitada. Su notoriedad consiste más bien en combinar los elementos ofrecidos por otros pensadores y establecer una ilación de ideas afortunada en muchos casos. A ello también debemos añadir su titánica labor de actualización de conceptos y su certera adaptación práctica de muchas de las ideas griegas a la vida romana. De hecho, ese pragmatismo va a convertirse en una de las señas más reconocibles de su filosofía, algo que le aleja claramente del epicureísmo —doctrina que rechazaba la acción directa sobre el mundo terrenal— o en algunos aspectos de Platón, filósofo al que tiene en cualquier caso como referencia casi constantemente.

Así, por ejemplo, un libro de clara inspiración platónica como es *Sobre la República* (texto dialogado, título, contenido, etc.) va un paso más allá que la obra del propio Platón y la teoría se ve complementada por la práctica. Cicerón tiende a lo útil, a buscar demostraciones y para él Roma es el ejemplo perfecto de gobierno ideal. Y es que, si se habla de filosofía política, es absurdo mantenerse en el terreno de la tesis y no sacar un provecho palpable a lo que se está tratando. Éste es el eje constante sobre el que se moverá siempre Cicerón en toda su obra, que por cierto, tiene en sus discursos multitud de ejemplos filosóficos aplicados a casos concretos.

Esta consideración del pensamiento útil hizo que Cicerón únicamente se planteara teorizar sobre los más diversos aspectos filosóficos cuando tuvo tiempo (y necesidad) de hacerlo. Desde muy joven, incorporó a su manera de pensar las ideas que creyó más ajustadas a un hombre de vida pública, sacándoles partido según su conveniencia, pero no fue hasta el final de su vida cuando se planteó plasmar por escrito diversas teorías de hondo calado filosófico. Por ello, tradicionalmente no se le ha considerado un filósofo nato, alguien que sistematiza su pensamiento a lo largo de toda su vida, sino un filósofo que escribió cuando la necesidad le acució. Esa serie de textos buscaban tanto el resarcimiento de sus heridas interiores como ofrecer una herramienta a sus conciudadanos que les resultara instructiva.

La consecuencia de la concentración en el tiempo de la redacción de su obra filosófica es un conjunto de textos de extraordinaria expresividad y vigor que en ocasiones acusa esa compresión en el tiempo. Como jurista y político, Cicerón hizo de su vida un ejemplo a seguir pero como filósofo teórico tan sólo ejerce ocasionalmente. Sus ideas

fueron creciendo a lo largo de toda su existencia pero se volcaron por escrito en muy poco tiempo, lo que significó que sus textos acusaron cierta precipitación,[14] si bien es cierto que se trata de pequeños detalles ante una exposición y estructuración deslumbrantes. A veces, la sistematización de sus ideas queda en segundo plano ante la urgencia de la escritura. También sus planteamientos innovadores se ven supeditados al florecimiento de las ideas de otros filósofos. Él mismo reconoce en ocasiones en algunas de sus epístolas estas carencias. Sin embargo, sus grandes méritos van por otro lado, ya que Cicerón es pionero en otros valiosos aspectos. En primer lugar, es el primer gran filósofo que da Roma y, como tal, da al espíritu romano, marcado por el pragmatismo, una voz con la que expresarse. Él adapta la filosofía griega a las circunstancias y necesidades de Roma, falta de un referente que por fin va a tener en él. Para ello recurre a las doctrinas vigentes por entonces, reelabora sus ideas para hacerlas suyas y moldea su lengua para que se ajusten al contexto romano. La consecuencia más inmediata que esto conlleva, y que ya se ha mencionado antes, es la creación de un nuevo vehículo lingüístico para que los romanos puedan plasmar sus pensamientos abstractos y muchas de sus realidades sin tener que recurrir a la lengua griega. Así pues, las contribuciones de Cicerón abarcan todos los niveles del discurso, desde la nueva terminología hasta unas ideas que se ajustan como un guante al ideario romano, sin olvidar la sobresaliente contribución a la historia de la literatura que suponen muchos de sus textos.

La transposición de muchos aspectos de la cultura y el pensamiento griegos al mundo romano también tuvo una consecuencia formal que se ha mencionado al principio de este estudio y es la combinación de la oratoria con la filosofía, que para Cicerón se convierte en un saber central para desarrollar la elocuencia. Desde muy joven, Cicerón es consciente del poder de la palabra y, por sus condiciones físicas, le confiere mayor valor que al poder militar. En su situación, la elocuencia es algo fundamental inseparable de la filosofía, por lo que su elección de corriente filosófica está supeditada a este elemento irrenunciable. Deja en primer lugar el epicureísmo en un segundo plano por su falta de realismo y de espíritu práctico, y por su desprecio a la oratoria. No se

[14] T. Mommsen, *El mundo de los césares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 [1885]. De los historiadores clásicos, Mommsen es el más duro con Cicerón y carga demasiado las tintas al no concederle ningún crédito como persona y como filósofo.

ajusta a la doctrina de los estoicos más ortodoxos, porque siempre han demostrado cierta inflexibilidad, provocando que algunos de los aspectos de su doctrina sean inaplicables a la vida cotidiana. Así que finalmente abraza los preceptos de la Academia Nueva, con la que comulga en sus ideas, y además muestra un especial interés en la formación retórica de sus adeptos. Pero Cicerón no es en ningún caso dogmático, por lo que no tiene ningún problema en readaptar ideas de otras corrientes a sus principios filosóficos, dando lugar así a un genuino eclecticismo.

Su torrencial corpus filosófico

Un somero repaso de las obras filosóficas escritas al final de su vida proporcionará una visión más ajustada de su notable valor como pensador. No hay que olvidar que en algo más de un año y medio (entre marzo del 45 y octubre del 44 a.C.) redactó el *Hortensio*, la *Consolación*, las *Académicas* (dos veces), *Del supremo bien y del supremo mal*, las *Disputaciones tusculanas*, *Sobre la naturaleza de los dioses*, el *Cato mayor*, el *Lelio*, *Sobre la gloria*, *Sobre la adivinación*, *Sobre el destino*, los *Tópicos*, *Sobre los deberes*.[15] Y por si fuera poco, en ese tiempo hizo públicas las dos primeras *Filípicas* y tradujo el *Timeo* de Platón, en una versión que hizo tanta fortuna que aún era conocida en la Edad Media. En la mayoría de los casos seguía un patrón de redacción más o menos firme: tomaba como referencia a un autor o una obra y, a partir de un esqueleto estructural establecido, desarrollaba con un estilo inimitable su obra sobre la cual iban germinando ideas de cosecha propia.

La primera obra filosófica de esta serie es el *Hortensio*, un diálogo hoy perdido que era un elogio a la filosofía y que es famoso por el profundo impacto que le causó en el año 373 a Agustín de Hipona, quien después de leerlo sintió una auténtica pasión por adquirir sabiduría. La filosofía no es más que amor por la sabiduría y Agustín concluye que la única y verdadera sabiduría es la religión.[16]

[15] En este sentido, es muy interesante la lectura del principio del libro II de su obra *Sobre la adivinación*, donde no sólo enumera todos los textos filosóficos redactados por él, sino que además los categoriza sucintamente.

[16] E. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 2007 [1952], págs. 123 y 693-694.

A continuación vienen dos obras que están directamente ligadas a la muerte de Tulia, la hija de Cicerón: la *Consolación* y las *Disputaciones tusculanas*. Esta vinculación entre hechos vividos y conclusiones filosóficas que surgen como consecuencia de ello es uno de los puntos que a veces se le achacan a Cicerón porque resaltan el hecho de no haber escrito textos reflexivos en otras épocas de su vida menos turbulentas. Sin embargo, estas dos obras se consideran momentos cumbre del escritor, si bien hay que puntualizar que la fama de la *Consolación* es indirecta, pues es un texto perdido que hoy sólo podemos reconstruir a partir de las informaciones que nos han llegado.[17] Parece ser que la escribió en menos de una semana y se inspiró en una obra previa de Crántor de Cilicia, un filósofo griego del siglo III a.C. que fue director de la Academia Antigua.

En cuanto a las *Disputaciones*, nos enfrentamos a una de las obras capitales de Cicerón. Como se intuye al indagar la tradición bibliográfica,[18] no se trata de una obra verdaderamente unitaria de Cicerón, ni la exposición de las ideas sigue un orden natural y coherente. Ello no debe considerarse un defecto en sí mismo, puesto que en el fondo el eje central de la obra es la función de la filosofía como vía para superar los males que asedian el alma y de este modo alcanzar la felicidad. Cicerón quería escribir en ese momento una obra que le ayudase a sobrellevar el dolor por la muerte de su hija, con lo cual, no pretendía construir una obra compacta regida por la frialdad de ánimo, sino todo lo contrario. Y desde luego consigue su objetivo, que además expone de manera que queda meridianamente clara una vez se ha leído el libro. Es un compendio de reflexiones divididas en cinco libros que pueden considerarse unidades diferentes, sobre todo, el primero y el quinto. El libro I, de corte metafísico, es un cuestionamiento sobre la muerte, sobre si ésta es un bien y sobre la naturaleza del alma y los argumentos que prueban que ésta es inmortal. El libro II se centra en el dolor, en si éste puede considerarse o no el mayor mal (es «sin duda un mal, pero que hay otros males peores») y en la demostración de que la fuerza de voluntad, la filosofía y las virtudes cardinales son capaces de doblegarlo («Yo considero que, sea lo que sea el dolor, no tiene la importancia que parece a primera vista y digo que los hom-

[17] Uno de los intentos con más solera en este sentido es el de J. van Wageningen, *De Ciceronis libro Consolationis*, Groninga, P. Noordhoff, 1916.

[18] Véase C. Lévy, *Cicero Academicus. Recherches sur les Académiques et sur la philosophie cicéronienne*, Roma, École Française de Rome, 1992.

bres se dejan impresionar excesivamente por la visión y la imagen falsa que tienen de él y que todo dolor es soportable»). Los libros III y IV continúan la senda del anterior y examinan las aflicciones del alma y cómo el sabio puede superar el dolor y las pasiones a las que ésta se ve sometida (miedo, alegría, amor, ira). En ambos libros la influencia del estoico Crisipo de Solos es fundamental. Remata la obra el libro V donde Cicerón analiza la virtud para probar que como «verdad» es suficiente para alcanzar la felicidad, algo que ya exponía en otros términos Platón. Y lo argumenta recurriendo a lecturas políticas, como la contraposición del sabio y el tirano, a la que le sigue el elogio de la vida frugal frente al hedonismo y la riqueza desmesurada («¿Cómo puede ser, pues, agradable una vida que se halla privada de prudencia y de moderación?»).

Estrechamente ligada a las *Disputaciones tusculanas*, se encuentra *Del supremo bien y del supremo mal*. Aunque quizá no tan famosa, esta obra es uno de los trabajos orgánicamente más compactos de Cicerón. A lo largo de tres diálogos que ocupan cinco libros pretende delimitar lo que es el supremo bien y por tanto lo que es el supremo mal. Para ello, intervienen personajes reales, contextualizados en el espacio y en el tiempo lo que propicia interesantes lecturas metaliterarias. El objetivo de Cicerón es llegar a descubrir ese supremo bien que, al alcanzarlo, lleve al hombre a ser feliz. A partir de una larga tradición filosófica de búsqueda de los fines que persigue el hombre, Cicerón analiza las elecciones de las tres grandes escuelas filosóficas del momento —el epicureísmo, el estoicismo y el academicismo—, para rebatir o aceptar sus postulados. Los dos primeros libros se centran en el epicureísmo: el primero expone las tesis epicúreas, cuyo eje central es el de la aceptación del placer como supremo bien, y el segundo sirve para refutar todos y cada uno de los puntos enumerados en el libro anterior. Lo escenifican, además del propio Cicerón, Lucio Manlio Torcuato y Cayo Valerio Triario en la villa de Cumas hacia el año 50 a.C. Ambos habían sido personas muy próximas al orador y habían muerto durante la guerra civil. Los libros III y IV presentan una estructura análoga, pero en esta ocasión es el estoicismo el que queda expuesto y rebatido (especialmente en cuanto a su metodología), con la virtud, lo moral, intentando imponerse como supremo bien. Gracias a esta actitud del hombre sabio («ese hombre sublime e insigne, magnánimo, verdaderamente fuerte, que considera inferiores a él todas las cosas humanas», según la doctrina estoica) lo que se pretende lograr es que:

> puesto que lo extremo, repito, consiste en vivir conforme a la naturaleza y de acuerdo con ella, se sigue necesariamente que todos los sabios gozan siempre de una vida feliz, perfecta, afortunada; nada los estorba, nada los embaraza, de nada necesitan.[19]

Estas palabras de Catón de Útica las acaba rebatiendo el propio Cicerón en un diálogo mantenido en la villa de Túsculo en el 52 a.C. Por último, el libro v expone la doctrina de los académicos y peripatéticos. Aunque existen algunos puntos de desencuentro, se trata de la doctrina preferida por Cicerón (no hay libro vi que rebata el v). Aquí el arpinate defiende una de sus grandes ideas, que consiste en la consideración aristotélica del hombre como ser racional y social, que busca su realización definitiva en el entorno familiar y ciudadano. El hombre sabio no debe aislarse como propugnan los estoicos, aunque hay que puntualizar que la idea de virtud es muy semejante tanto para peripatéticos como para estoicos.

> [...] los bienes externos los preservamos mediante aquellos deberes que nacen de la clase de virtud relacionada con cada uno de ellos. Pues el amor al amigo y al pariente aprovecha a quien cumple con su deber precisamente por eso, porque cumplir así con el deber se cuenta entre las acciones rectas que proceden de las virtudes. Y los sabios cumplen estas acciones tomando como guía a la naturaleza; pero los hombres imperfectos y, sin embargo, dotados de excelentes cualidades se mueven con frecuencia atraídos por la gloria, que tiene apariencia y semejanza de moralidad. [...] construye en tu espíritu el alto y magnífico edificio de las virtudes; entonces no dudarás que los hombres que las poseen y viven con ánimo noble y elevado son siempre dichosos, pues saben que todas las vicisitudes de la fortuna y los cambios de las cosas y de los tiempos serán flojos y débiles si entran en combate con la virtud. Pues las cosas que hemos considerado como bienes del cuerpo sirven, sin duda, de complemento a la vida más feliz, pero de tal modo que sin ellas puede haber vida feliz. Porque son tan pequeñas y exiguas estas adiciones de bienes que, como las estrellas cuando luce el sol, ni siquiera se ven en medio del esplendor de las virtudes. Pero, así como se dice con verdad que estas ventajas del cuerpo son de poca importancia para vivir felizmente, así también es demasiado violento decir que nada importan; pues quienes tal afirman me parece que olvidan los principios naturales que ellos mismos han establecido.[20]

---

[19] *Del supremo bien y del supremo mal*, III, 26.
[20] *Ibid.*, v, 69-72.

La enorme carga simbólica de este último libro reside en la contextualización del diálogo, que se desarrolla en el 79 a.C., en los jardines de Academos, donde se emplazaba la Academia. Son Marco Pupio Pisón, Ático, Lucio Cicerón y el propio Marco Tulio quienes intervienen. No es difícil adivinar por la fecha y el lugar en que se desarrolla el diálogo que aquí tienen un peso muy importante filósofos como Filón, Carnéades y muy especialmente Antíoco, tan caros todos a Cicerón.

Cronológicamente, una de las primeras obras filosóficas que escribió Cicerón tras la muerte de Tulia fueron las *Académicas*, una obra que tuvo dos redacciones en poco tiempo. De la primera redacción sólo se conserva un libro, el *Lúculo*, donde se reflexiona sobre los límites del conocimiento para alcanzar la verdad. La segunda redacción obedece a un cambio de personajes, con lo que Cicerón se quedó más satisfecho sobre la decisión de en boca de quiénes ponía sus reflexiones. Lamentablemente, esta segunda versión también se conserva parcialmente, siendo el libro 1 el único que ha llegado hasta nosotros. Esta obra es realmente atípica, porque en el contexto romano en que se creó, no existía ninguna obra latina que abordara la teoría del conocimiento.[21]

Son breves los tratados *Sobre la gloria* (hoy perdido), los *Tópicos*, el *Cato mayor* (también conocido como *De senectute*) y el *Lelio* (asimismo llamado *De amicitia*). Los *Tópicos* es meramente un opúsculo explicativo de la obra homónima de Aristóteles, que Cicerón escribió cuando se planteaba muy seriamente abandonar Italia para salvar la vida.[22] En su ánimo no había otra cosa que transmitir una serie de consejos como experto en leyes. El *Cato mayor* es un discurso sencillo que Cicerón hace que pronuncie Catón el Viejo en el 150 a.C. como reflexión sobre la vejez y la declinación del ser humano en todos sus aspectos. En *Lelio*, Cicerón sitúa la acción en el 129 a.C. para elaborar un elogio de la amistad. Se trata del análisis de la fuerza universal que empuja a los seres humanos a establecer un vínculo entre ellos. Tanto el *Cato mayor* como el *Lelio*, que en ningún caso pueden considerarse obras teóricas, fueron redactadas con evidente voluntad política ante sus contemporáneos durante el turbulento año 44 a.C. y por ello las despoja de toda referencia al mundo y el pensamiento griegos.

[21] E. Bickel, *Historia de la literatura romana*, vol. 2, Madrid, Gredos, 2009 [1960], pág. 604.

[22] P. Grimal, 2013 [1987], pág. 350.

Caso aparte son sus tres obras teológicas, en las que predominaba el compendio del pensamiento de otros autores, naturalmente griegos: *Sobre la naturaleza de los dioses*, *Sobre la adivinación* y *Sobre el destino*.[23] La primera es una obra dialogada en la que enfrenta las posturas epicúrea, estoica y más académica. Cicerón se inclina, una vez más, por la posición académica, que descarta la razón como vía para creer en los dioses, de los que depende nuestra fortuna, pero no nuestras virtudes. La siguiente, *Sobre la adivinación*, se interroga sobre la credibilidad que merece la adivinación y contextualiza la creencia dentro de la sociedad como un elemento útil para gestionar la vida pública de modo que ésta no se vea perturbada en exceso. La fragmentaria *Sobre el destino* no permite hacer demasiados análisis concluyentes por su estado de conservación, e incluso se ha elucubrado sobre la posibilidad de que no se trate de una obra original y sea una traducción del griego.[24]

Finalmente, aparece en el firmamento su última gran obra filosófica, *Sobre los deberes*,[25] que en principio no había proyectado escribir. Es una obra dividida en tres partes que se dedica a analizar las virtudes fundamentales del hombre bueno y que se inspira en gran medida en la obra *El deber* del filósofo estoico Panecio de Rodas, pero no deja de tener en cuenta otras influencias como Hecatón o Posidonio, este último mencionado con anterioridad.[26] La intención de Cicerón es aleccionar a su hijo, que estaba estudiando en Atenas, sobre los deberes *(officiis)* del hombre bueno, es decir, sobre los trabajos que se tienen que

---

[23] Un muy interesante y exhaustivo trabajo para comprender el pensamiento religioso de Cicerón y que ayuda a contextualizarlo adecuadamente en la Roma del siglo I a.C. es el libro de José Guillen Cabañero, *Teología de Cicerón*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, 1999. En él no sólo se hace un necesario repaso histórico de la evolución teológica que llevó a los romanos a adaptar a su cosmovisión los modelos griegos, sino también un pormenorizado análisis temático del concepto que Cicerón tiene del hombre bajo la mirada de la divinidad.

[24] P. Grimal, 2013 [1987], pág. 398.

[25] Véase la cuidadísima edición de la obra a cargo de Ignacio J. García Pinilla, que da cuenta de la riqueza ideológica, literaria y terminológica de la obra y que más que probablemente se convertirá en un trabajo de referencia a la hora de abordar uno de los textos más justamente reivindicados de Cicerón, que hasta hace muy pocas décadas había caído en un relativo olvido.

[26] «Panecio, desde luego, dice que hay dos virtudes, la teorética (lo intelectual) y la práctica. Otros distinguen la lógica, la física y la ética. Los del círculo de Posidonio señalan cuatro», Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, VII, 92 (Madrid, Alianza, 2007). Aunque Cicerón toma como referencia principal a Panecio, distingue cuatro virtudes como Posidonio, lo que puede dar una ligera idea del nivel de reelaboración de teorías ajenas por parte del filósofo de Arpino.

realizar y para los cuales existe una motivación perfectamente racional. Para ello hay que saber distinguir si estos trabajos son honorables (libro I), si reportan algún beneficio (libro II), y si puede llegar a existir un dilema a la hora de escoger entre honor y utilidad (libro III).

Vemos, pues, como Cicerón en general siempre se volcó en sus obras por la práctica más que por la teoría. Para él lo más importante era aquello que podía ser enseñado a los demás, el dominio de lo útil sobre lo abstracto. Si no se podía aplicar a la vida cotidiana no tenía valor. Esta premisa, que está muy clara al hablar de retórica, de política o de leyes, es mucho más discutible como condición *sine qua non* en el campo de la filosofía. A pesar de los posibles reparos que se le pueda poner a esta actitud, lo cierto es que Cicerón como filósofo sale más que airoso de su pretensión, al menos en lo que a sus grandes obras se refiere. Siempre se le podrán achacar otros factores, como la dependencia de la obra de otro autor para conseguir algo propio o la precipitación a la hora de escribir, que provoca algunas vaguedades y ocasionales conclusiones no del todo bien resueltas. Sin embargo, su inmenso conocimiento le daba la oportunidad única de escoger siempre el referente más adecuado para una obra o para alguna de las partes que conformaban esa obra. Y esa reelaboración para nosotros es muy enriquecedora puesto que no sólo acaba ofreciéndonos algo nuevo, sino que además recupera para nosotros algunos trabajos y filósofos de los cuales hoy apenas sabríamos nada sin su intervención.

No hay más que contemplar su fama posterior que, con altibajos a lo largo de la historia, aún llega hasta hoy en todos los frentes que acometió. Figura constantemente referenciada para los romanos hasta la caída del Imperio (desde Séneca y Tito Livio hasta Lactancio, pasando por Quintiliano, Dion Casio, Veleyo Patérculo, Macrobio y un larguísimo etcétera), fue también capital durante la Edad Media, como influencia para Agustín de Hipona, Isidoro de Sevilla y el cristianismo en general, que vieron en él a un comunicador portentoso y filósofo único en busca de la sabiduría. Ya en el siglo XIV, el gran valedor de Cicerón es Petrarca, quien volvió a sacar a la luz sus cartas y algunos de sus discursos. A lo largo de las siguientes centurias se puede rastrear su influencia directa en nombres destacados como Bernat Metge, Angelo Poliziano, Pietro Bembo y una larga lista de imitadores de su estilo. Como filósofo, ha vuelto a revalorizarse en los últimos años tras recibir ataques demasiado exacerbados a lo largo del siglo XIX y principios del XX, durante los cuales tampoco le han faltado defensores.

En definitiva, en Cicerón encontramos a un filósofo de difícil valoración. Por un lado, se trata de uno de los mejores escritores (si no el mejor) de textos filosóficos de la historia del pensamiento en cuanto a estilo literario se refiere. Su preocupación formal y estilística es igual o superior a la de cualquiera de los pensadores clásicos más sobresalientes. Además es un filósofo pionero, que sienta las bases de cómo va a desarrollarse el pensamiento romano, y que por eso, junto a Séneca y Marco Aurelio, se convierte en uno de los nombres más prominentes de la filosofía romana clásica. Ahora bien, por otro lado, hay que reconocer que se trata de un hombre que no fue un filósofo a tiempo completo y, por lo tanto, no fue todo lo sistemático que debería haber sido. Sin embargo, insistimos en que eso no evita que la lectura de sus textos se convierta en un deleite para los admiradores de los textos magníficamente escritos.

CRONOLOGÍA

106 a.C. Marco Tulio Cicerón nace el 3 de enero en la villa de Arpino.

90-89 a.C. Cicerón toma la toga viril. Participa en la Guerra Social a las órdenes de Pompeyo y Sila.

86 a.C. Traduce algunos textos del griego: *Económico* (Jenofonte) y *Fenómenos* (Arato).

80 a.C. Defiende a Sexto Roscio Amerino en su primer juicio público.

79-77 a.C. Emprende un viaje de aprendizaje a Grecia, sobre todo a Atenas, pero también a otras ciudades del Peloponeso y Asia Menor.

77 o 76 a.C. Se casa con Terencia y emparenta con una familia noble. Poco después nace su hija Tulia.

75 a.C. Comienza su *cursus honorum* siendo designado cuestor en Sicilia.

70 a.C. Defiende a los sicilianos en el proceso contra Verres.

69 a.C. Es edil durante un año.

66 a.C. Es nombrado pretor.

63 a.C. Se convierte en cónsul junto a Cayo Antonio Híbrida. A finales de año pone en alerta al senado ante la conjuración de Catilina. Pronuncia las *Catilinarias* ante el senado y el pueblo.

58 a.C. Cicerón es condenado al exilio por Clodio y debe alejarse más allá de quinientas millas de Roma.

57 a.C. Regresa a Roma.

56 a.C. Defiende a Milón.

52 a.C. Redacta *Sobre el orador.*

51 a.C. Es nombrado gobernador de Cilicia, cargo que le aleja de Roma durante un año.

49 a.C.	Estalla la guerra civil.
46 a.C.	Se divorcia de Terencia y se casa con Publilia, un matrimonio que dura poco. Redacta *Bruto*.
45 a.C.	Muere su hija Tulia tras un parto. Cicerón se retira de la vida pública y comienza a escribir, especialmente obras de filosofía. *Hortensio*, *Consolación*, *Académicas*, *Del supremo bien y del supremo mal*, *Disputaciones tusculanas*, *Sobre la naturaleza de los dioses*. Traduce el *Timeo*.
44 a.C.	Julio César es asesinado. Cicerón regresa a la política y pacta con Octavio. Redacta *Cato mayor*, *Lelio*, *Sobre la adivinación*, *Sobre el destino*, *Tópicos*, *Sobre los deberes*. Pronuncia las cuatro primeras *Filípicas*.
43 a.C.	Se hacen públicas diez *Filípicas* más. Octavio consigue ser nombrado cónsul y establece el segundo triunvirato. Cicerón es asesinado el 7 de diciembre.

GLOSARIO

ALMA *(anima)*
Parte más importante del ser humano que tiene naturaleza divina y, por tanto, es inmortal. Asimismo, es el origen de todo movimiento y evidentemente posee características que no son perecederas, como la inteligencia y la memoria. Se trata de una concepción ciceroniana basada esencialmente en Platón, que le sirve para probar que la muerte del cuerpo no es un mal, sino un bien.

AUTORIDAD *(auctoritas)*
Dignidad de la que disfruta todo aquel ciudadano que es capaz de establecerse en un nivel superior de la jerarquía social gracias a una sabiduría y un buen juicio superiores a los de sus conciudadanos. Cicerón piensa que ejercer esa *auctoritas* es un deber moral para todo aquel que reúna las aptitudes necesarias.

FILOSOFÍA *(philosophia)*
La disciplina más importante del conocimiento, necesaria para que el individuo alcance la sabiduría. Es «lo más elevado que los dioses inmortales han regalado a la vida del hombre» (*Las leyes*, I, 22, 58), es decir, es la vía que debe seguir el hombre para conocerse a sí mismo y ser consciente de la parte divina que alberga. Para Cicerón, los filósofos «sin tener en consideración todo lo demás, se dedican con pasión a examinar la naturaleza de la realidad, y ellos son los que se llaman a sí mismos amantes de la sabiduría» (*Disputaciones tusculanas*, V, 3, 9).

FORTALEZA *(fortitudo)*
Valor del hombre que implica tanto valentía como magnanimidad y que se demuestra al defender abiertamente valores elevados como la justicia.

La fortaleza se puede demostrar tanto físicamente en el campo de batalla como oralmente en escenarios donde se desarrolla la vida pública.

HUMANITAS
Conocimiento y cultura que se adquiere después de un proceso de formación y educación. Análogo al término griego *paideia*, para los romanos (por influencia directa de Cicerón) la *humanitas* implica, además de conocimiento, unos valores morales que no hacen sino ennoblecer al individuo que la tiene. En este sentido, el hombre que mejor representa la *humanitas* romana es el orador.

JUSTICIA *(iustitia)*
Herramienta de alto valor moral que debe estar al alcance de todo ser humano en la misma medida y que sirve para dar a cada persona lo que le corresponde. Actuar con rectitud y respetar las normas establecidas en derecho es uno de los grandes deberes de los hombres que sirven al gobierno y a sus conciudadanos.

LO CONVENIENTE *(decorum)*
Virtud cardinal que consiste en la adopción de una actitud apropiada ante cualquier vicisitud. Para alcanzar esta virtud es necesario mostrar siempre corrección, templanza, modestia y moderación. El hombre que se comporta convenientemente es honorable y todo hombre honorable siempre muestra *decorum*.

MAGNANIMIDAD *(magnitudo)*
Virtud del hombre que demuestra ser al mismo tiempo justo y benevolente. No se trata de hacer demostraciones apasionadas, sino que hay que ser constante tanto para percibir la verdad de un modo legítimo como saber apartar de uno los intereses más básicos e instintivos.

MODESTIA *(modestia)*
Capacidad de comportarse y hablar adecuadamente según la situación y el contexto. En una concepción esencialmente estoica, se trata de la capacidad de ordenar las cosas en el lugar que les corresponde.

ORATORIA *(oratoria)*
Arte de expresarse con elocuencia para convencer a un público. Para conseguir persuadir a la audiencia, el orador debe obedecer unas reglas retóricas, ajustar su discurso a las circunstancias que lo rodean e inte-

grar adecuadamente en sus discursos los conocimientos que ha aprendido, así como su sabiduría moral y metafísica. Esto es, todo discurso debe ser una síntesis equilibrada entre retórica y filosofía, que demuestra las cotas más altas de inteligencia humana. Sin la plataforma oratoria, las ideas y teorías expuestas pierden toda su fuerza y poder de convicción. Siempre suele entenderse como un elemento clave de la filosofía política que integra elementos de índole artística.

REPÚBLICA *(res publica)*
Entiéndase tanto el gobierno público y el sistema que representa como las actividades que aquél lleva a cabo y el conjunto de ciudadanos que representa. Organización y gestión de una comunidad *(populus)* que tiene intereses comunes y en la que es necesaria unas normas para la convivencia social. Por lo tanto, esta comunidad está regida por un derecho y una utilidad comunes que se han puesto de acuerdo en consensuar.

REPUTACIÓN, DIGNIDAD *(dignitas)*
Respeto que todo ciudadano, especialmente si es digno de ejercer responsabilidades públicas, se va ganando a lo largo de toda la vida a través de sus actos. Es importante que estos actos se ajusten a los preceptos morales establecidos para evitar cualquier abuso en beneficio personal. Este prestigio moral está fuertemente enraizado en el tejido social romano.

TEMPLANZA *(temperantia)*
Manera de comportarse y actuar que requiere el dominio completo de uno mismo y no dejarse llevar por tentaciones materiales. El placer es antagónico de la templanza.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

EDICIONES CRÍTICAS

ANNAS, J. (ed.), *On moral ends* [trad. de R. Woolf], Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

DOUGAN, TH. W. (ed.), *M. Tulli Ciceronis Tusculanarum Disputationum Libri Quinque. A Revised Text with Introduction and Commentary and a Collation of Numerous mss.* Vols. I-II, Nueva York, Arno Press, 1979.

POHLENZ, M. (ed.), *M. Tulli Cicero Tusculanae disputationes*, Stuttgart, Teubner, 1918 [1982].

SCHICHE, T. (ed.), *De finibus bonorum et malorum*, Stuttgart, Teubner, 1915 [1961; 1976].

TRADUCCIONES

Del supremo bien y del supremo mal [trad. de Víctor-José Herrero Llorente], Madrid, Gredos, 1987.

Disputaciones tusculanas [trad. de A. Medina González], Madrid, Gredos, 2005.

Disputas tusculanas [trad. de J. Pimentel Álvarez], México, UNAM, 1979.

Obras completas de Marco Tulio Cicerón [trad. de D. Marcelino Menéndez Pelayo], vol. 3, *Obras filosóficas: De la naturaleza de los dioses. Del sumo bien y del sumo mal*, Madrid, Librería Hernando, 1879-1901.

Obras completas de Marco Tulio Cicerón [trad. de D. Marcelino Menéndez Pelayo], vol. 5, *Obras filosóficas: Cuestiones tusculanas. De la adivinación. Del hado*, Madrid, Librería Hernando, 1879-1901.

Tusculanas [trad. de J. A. Enríquez González y A. Ropero Gutiérrez], Madrid, Coloquio, 1986.
Tusculanas [trad. de A. López Fonseca], Madrid, Alianza, 2010.

OBRAS SOBRE CICERÓN

BARZELLOTTI, G., *Delle dottrine filosofiche nei libri di Cicerone*, Florencia, G. Barbera, 1867.
BOYANCÉ, P., *Études sur l'humanisme cicéronien*, Bruselas, Latomus, Revue d'Études Latines, 1970.
BROUGHTON, T. R. S., *The Magistrates of the Roman Republic*, 2 vols., Nueva York, American Philological Association, 1951-1952.
FRISCH, H., *Cicero's fight for the republic. The historical background of Cicero's «Philippics»*, Copenhague, Gyldendal, 1946.
GAOS SCHMIDT, A., *Cicerón y la elocuencia*, México, UNAM, 1993.
GOERLER, W., *Untersuchungen zu Ciceros Philosophie*, Heidelberg, C. Winter, 1974.
GRIMAL, P., *Cicerón*, Madrid, Gredos, 2013 [1987].
GRUEN, E. S., *The last generation of the Roman Republic*, Berkeley, University of California Press, 1974.
MARINONE, N., *Cronologia ciceroniana*, Roma, Centro Studi Ciceroniani, 1997.
MICHEL, A., *Rhétorique et philosophie chez Cicéron. Essai sur les fondements philosophiques de l'art de persuader*, París, PUF, 1960.
MITCHELL, T. N., *Cicero, the senior statesman*, New Haven, Yale University Press, 1991.
NÚÑEZ GONZÁLEZ, J. M., *El ciceronianismo en España*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1993.
PLUTARCO, *Vidas paralelas* VIII. *Foción-Catón el Joven; Demóstenes-Cicerón; Agis-Cleómenes; Tiberio-Gayo Graco*, Madrid, Gredos, 2010.
PONCELET, R., *Cicéron, traducteur de Platon. L'expression de la pensée complexe en latin classique*, París, E. de Boccard, 1957.
STEEL, C. (ed.), *The Cambridge companion to Cicero*, Nueva York, Cambridge University Press, 2013.

ÍNDICE

“Cicerón es uno de los pilares de nuestra conciencia del mundo antiguo. Si no tuviésemos su inmensa obra, nuestro conocimiento sería mucho más pobre.”

Luciano Canfora